

## CONSIDERACIONES SOBRE EL SENTIMIENTO DE VENERACIÓN EN GOETHE

F. W. WENTZLAFF-EGGEBERT  
Universidad de Mainz  
Mainz, Alemania

PONGAMOS AL FRENTE DE NUESTRAS consideraciones unas palabras de Goethe: "Dichtung und Wahrheit", que se leen como una confesión de su sentimiento vital: "Mi ánimo estaba dispuesto naturalmente a la veneración y se necesitaba una emoción profunda para hacer vacilar mi creencia en algo venerable".

Estas palabras expresan perfectamente la alta valoración, por parte de Goethe, del sentimiento de veneración que se mantuvo en él hasta su muerte. Nunca traicionó este sentimiento, pues nunca sufrió una derrota en la lucha continua con la concepción del mundo de su época, la de las luces. Por fin se sustrajo siempre al racionalismo consecuente, del mismo modo que tomó de la filosofía del pasado sólo lo que le era adecuado. Su creencia en algo venerable se mantuvo firme en todas las horas de la duda y tentación. Una profunda religiosidad, eficaz hasta en su edad avanzada, le corroboraron en esto. Ya cuando niño se encontró en casa de sus padres con una forma de devoción íntima como se vivía a mediados del Siglo XVIII en los círculos de los "Herrenpachter" en Francfort. Se compenetró de ella y le ayudó a rechazar el primer ataque del utilitarismo durante los años universitarios de Leipzig. Tampoco la participación en la poesía social del Rococó pudo acallar esta devoción viva. Era tanto más fuerte y eficaz la influencia de los amigos que simpatizaban con el pietismo y en su calidad de predicadores trataban de equilibrar aquel estilo de vida racionalista. En las cartas a su amigo Langer, en las que se expresan los sentimientos religiosos del adolescente, leemos en noviembre de 1768: "usted ha sido el primer hombre del mundo que me ha predicado el Evangelio y si Dios me da la gracia de ha-

cerme creyente, es a usted a quien yo deberé todo, que Dios os bendiga por ello”.

En el fin de la carta, en “que Dios os bendiga por ello”, sentido verdaderamente, resuena el agradecimiento de un alma que soporta difícilmente las dudas religiosas. Más de una vez, Goethe expresa su agradecimiento al amigo: “le agradezco mucho, Langer... para un alma como la mía les era imposible a todos los sacerdotes del mundo conmoverla, máxime dadas las habladurías poco evangélicas de nuestros pulpitos; sólo su amor, su sinceridad pudieron hacer eso”.

Es en un alma tan conmovida de su nueva devoción, cuando se encontraba grave en la casa de sus padres en Francfort, en la que cae la palabra de la señorita von Klettenberg. Su sencilla religiosidad pietista conmueve de tal manera el corazón de la adolescente, que busca espontáneamente la relación con la comunidad de los hermanos. Una idea lejana, una veneración naciente de la benéfica fuerza innata en una profesión de fe se le ocurre y le da confianza en sí mismo por un momento: “soy joven y verdaderamente estoy en camino de salir del laberinto”. Pero la duda se despierta: “¿Quién es el que me prometió: la luz que alumbrará siempre como ahora y no te extraviarás de nuevo?” La preocupación del camino del porvenir siempre le oprime de nuevo y no se pierde aun cuando queden despiertos la persuasión y el sentimiento de lo bueno, que se ha derramado sobre él; dice Goethe: “de la fuente eternal”. El despertar, en el sentido de la gran vivencia religiosa, aún no ha tenido lugar, pero el temor a los vínculos del pecado cede a una nueva conciencia del deber de vivir. No ha vencido Cristo, sino el espíritu de Dios, como Goethe lo vivió a su manera. Entre tanto, se le manifestó sólo por medio de los pensamientos de los filósofos naturalistas de los siglos XVI y XVII.

Durante su larga enfermedad Goethe había leído a Paracelsus van Helmont y otros filósofos naturalistas. Una conexión misteriosa de la mística con la filosofía de la naturaleza lo conduce cada vez más al camino de la alquimia. Venerando y creyendo al mismo tiempo se entrega al encanto de las ciencias naturales ligadas con la magia y confiesa: “la química es todavía mi secreta amante”. Aún en Estrasburgo se instala un nuevo laboratorio para continuar lo que había comenzado en Francfort. Sin embargo aquí su vida toma un rumbo decisivo. Librándose de la creencia en las fuerzas mágicas de la naturaleza, sale a la luz de la revelación del espíritu tal como se manifiesta en la historia de los pueblos: Herder será su gran maestro. Con poder casi mágico determina no sólo el momento sino también la evolución interior de Goethe. Le conmueve el concepto del espíritu en su sentido más espiritual. Se le manifiesta en los mitos y cantos de los antepasados, en las epo-

peyas y baladas, que aparecen en las colecciones de Herder como canciones de pueblos antiguos. Goethe siente una profunda veneración hacia estas manifestaciones que le descubren una verdad más alta respecto a los sentimientos de los antepasados que la que había conocido antes. Los mitos le parecen capas primordiales de una religión popular; las leyendas y canciones históricas, formas primitivas de la historia misma. El entusiasmo por un mundo hundido, pero que permanece vivo en la poesía, se combina con la nostalgia vaga de la expresión poética de grandes sentimientos, en la cual el corazón pone las palabras y la sensibilidad determina el ritmo. Las nuevas posibilidades las abre, por intercesión de Herder, el “mago del norte”, el filósofo Hamann. Es él quien intensifica la protesta primordial de Goethe contra el racionalismo de modo que produce una repulsa apasionada. Goethe lee en él frases que toma como revelaciones; lo que barruntaba desde los coloquios con Herder se le convierte ahora en una nueva creencia, una ciencia natural mecanístico-matemática no existe: “descomponer un cuerpo y un acontecimiento, quiere decir tratar de sorprender la esencia invisible de Dios, su poder y deidad eternos”. Tampoco la realidad histórica puede ser analizada por completo. Por fin queda una profundidad inconmensurable. Tal vez toda la historia no sea más que mitología... y como la naturaleza un libro sellado, un testimonio cubierto, un enigma que no se puede adivinar sin arar más que con nuestra razón. La nueva creencia se combina con los conceptos pietistas ya conocidos. Sólo la concepción del espíritu es decisiva: en la religión, en las ciencias de la historia y de la vida de los pueblos y en la poesía. El espíritu desciende inmediatamente del cielo y es un espíritu santo que puede comunicarse a todos, en el cual Dios es el origen del espíritu mismo, que obra vivo por encima de las generaciones humanas y que puede tocar y vivificar a cada uno. Quien es tocado está llamado y elegido, es decir, que pertenece a los geniales, en cuya lengua viven el aliento divino y la verdad celeste.

Este concepto del espíritu original comporta la lengua y crea una nueva poesía. Así como los documentos del espíritu divino están conservados en la lengua de la Biblia, de los viejos mitos, de las canciones del pueblo, así nuevas obras poéticas nacidas de la adoración devota del espíritu divino han de dar testimonio de él. Los manantiales de la verdad han de manifestar el espíritu del creador.

Una nueva concepción del espíritu mundial se le ha revelado a Goethe. En los pequeños fragmentos teológicos de fines del año 1772, se anuncia una liberación interior frente a los dogmas, aunque se conserva la creencia en Cristo. La tolerancia interior de los “Herrenhuter” según la cual Dios tolera toda devoción y según la cual también Dios se identifica con el amor y según la

cual cada quien puede tener su propia religión siempre que sienta en ella a Dios desemboca ahora en la convicción: "se siente un momento y este momento es decisivo para toda la vida, y el espíritu divino se ha reservado de terminarlo"; la veneración de la voluntad de Dios determina ahora la religiosidad de Goethe. Sólo tiene necesidad del sentimiento de devoción pura para alcanzar la certeza de que Dios lo abarca y lo sostiene todo. El segundo artículo de fe desaparece en su significación por el tercero. *El Espíritu Santo es Omnipresente y Eterno*. La nostalgia del origen vive en todos los penetrados por el espíritu. Dios, mundo y hombre están unidos por el espíritu. ¡Qué revelación para el que busca!, y también ¡qué peligro! ¡Ay del hombre que pierde ahora la veneración hacia tales conceptos! Y Goethe está muy amenazado. La sentencia seductora "Eritis sicut deus" le resuena en los oídos después de haber representado él mismo la pieza para títeres del Dr. Fausto. Ahora se despierta a nueva vida esta idea halagüeña y seductora, surgida como tal ya en Estrasburgo, y pasa de Fausto a la figura de Prometeo. Como en un delirio nacen las estrofas libres del semidiós creador, de Prometeo, el impío, pero una sola vez la presunción del "Sturm und Drang", es decir de las juventudes literarias de entonces, se levanta sin respeto por encima de esta barrera y eso sólo con la figura simbólica del héroe antiguo. Ya en el fragmento dramático respectivo, aparece la figura de Epimetheus y dice al hermano obcecado:

*"Du stehst allein!  
Dein Eigensinn verkennt die Wonne,  
Wenn die Götter, du,  
Die deinigen und Welt und Himmel all  
Sich all ein innig Ganzes fühlen"*.

En las demás poesías, y primeras redacciones, en *Mahomet*, *Ganymed*, y más bien en *Werther*, aparece como máxima añoranza, la eterna meta, la unión con el padre, con Dios y el espíritu al mismo tiempo: No olvidemos, Werther cree en Dios, es más, mantiene el concepto de un Dios misericordioso, hasta en la hora de su muerte, pues lleva el espíritu de Dios en su corazón. Pero aun la última consecuencia de respeto para la vida, regalada por Dios, no está sacada. La fragilidad humana, no se transforma aún en firmeza de la fe, sino que considera, como solución, sólo la huída del pecado. Werther se destruye, pero Goethe está salvado por medio de la poesía, en la que, en el sentido de Herder y Hamann, siente obrar al espíritu primitivo. Hace visible lo demoníaco y lo supera por la formación de la obra de arte: en la obra de arte se manifiesta el espíritu y el poeta promulga sus leyes con sentimiento de veneración.

En la borrasca de los sentimientos del período de los genios la poesía es para Goethe la fuerza salvadora que conjura el peligro de lo demoníaco. Entonces, cuando nace *Stella*, confiesa: "Oh, si ahora no escribiera dramas, me perdería".

¿Por qué le preocupa sin embargo en aquella temporada el sentimiento de carecer de recursos en la vida y en el pensamiento? Le guía la veneración del espíritu omnipresente de creación general, pero le falta aún la comprensión necesaria de los límites de la humanidad. Todavía no los reconoce en su determinación divina. Las horas del delirio poético pasadas se le presenta la idea de la huída como único remedio. Pero la huída proyectada no se efectúa.

El destino dirige a Goethe camino de Weimar en lugar de a Italia. De mala gana y preocupados los amigos del círculo de los genios le dejan salir, pero Goethe obedece a su ley interior. En Weimar aprende por primera vez a reconocer la jerarquía de la sociedad y a humillarse ante ella. Sabemos lo difícil que le resultó esa vida en la sociedad de la corte de Weimar. El respeto para lo que le rodea determina cada vez más sus acciones y su poesía. El espíritu de la pureza llena cada vez más el corazón desgarrado, hasta que la voluntad de abnegación se desenvuelve libremente por propio esfuerzo y comienza la felicidad del trabajo tranquilo en el oficio y en el arte. A partir de entonces comprensión y respeto determinan las acciones y cartas de Goethe. En esos momentos escribe a su casa: "Tengo todo lo que un hombre puede desear... que ha pasado la mitad de su vida y espera algo bueno para el porvenir del dolor superado y tiene el pecho preparado para dolores futuros".

Cada vez más a menudo leemos confesiones como éstas, que dejan entrever la nueva ascensión. Conduce de nuevo al reino de la naturaleza. Es ella la que ha cautivado a Goethe con sus milagros. Pero en las *Cartas de Suiza*, ante la vista de los Alpes se manifiesta claramente una contemplación alterada de la naturaleza frente al período wertheriano. La relación entre hombre y naturaleza ha tomado nueva forma por la intuición de las leyes de lo infinito y de lo finito: "se renuncia de buen grado a toda pretensión a lo infinito, no pudiendo rematar en la contemplación y en el pensamiento ni siquiera lo finito". La mirada se fija en el microcosmos. Minerales y plantas cautivan el ojo contemplador de Goethe. Sólo en contadas horas obedece a la llamada de la misma poesía. "Mi profesión de literato está subordinada a la vida, siguiendo empero el ejemplo del gran rey que empleaba cada día unas horas en tocar la flauta, me permito a veces un ejercicio en el talento que me es propio". Efectúa un enorme trabajo cumpliendo con su deber respecto a las exigencias de la comunidad. La preocupación del tratamiento de

los mineros, de la conscripción, del nombramiento de actores y profesores alterna con la elaboración de los rasgos íntimos en las grandes figuras de *Ifigenia* y *Tasso*. Las poesías viven su existencia tranquila en el corazón del poeta aislado cada vez más. Poesías como *Las fronteras del hombre*, *Canto de los espíritus sobre las aguas* expresan el sentimiento de veneración ante las fuerzas de la vida y sólo de lejos resuena el trueno de un movimiento titánico en la *Canción de las Parcas* en la *Ifigenia*.

El año 1781 es decisivo. Los estudios de la naturaleza proporcionan a Goethe claridad sobre las fuerzas que obran en la existencia humana.

Con lo que la adoración de un Dios creador alcanza la concentración necesaria por medio de la lectura en el libro de la naturaleza: "por mucho nuevo que encuentre, no encuentro nada inesperado, todas las cosas se corresponden y se juntan". El concepto fundamental de la forma inspirado por los estudios de Linné, da su sólido fundamento a la nueva concepción del mundo: "el reino de las plantas preocupa de nuevo a mi espíritu. Ya no medito sobre esto, todo se me adelanta y el enorme reino se simplifica en mi alma. Y no es sueño ni fantasía, es un descubrimiento de la forma esencial, con la cual la naturaleza parece jugar y producir jugando la vida multiforme". Pero todavía la fuerza creadora no es suficiente para la abundancia de las inspiraciones. Sólo la estancia en Italia lleva a Goethe a la metamorfosis interior decisiva, que determina definitivamente su imagen del mundo.

Goethe espera acercarse en Italia a las fuerzas primitivas de la naturaleza y a los arquetipos de la perfección humana, barruntados en la antigüedad y buscados dolorosamente.

Con esto está señalada la suma de sentimientos de veneración de Goethe. También aquí termina en el hombre la contemplación de la naturaleza de Goethe.

Así como la planta gira hacia la luz, del mismo modo gira el corazón de los hombres hacia la verdad y gana en limpieza y belleza, si se inclinan libres hacia la luz. Al contrario de la piedra —como se expresa en el estudio sobre el granito— el corazón humano es la parte más joven, diversa, movable, variable y conmovedora de la creación. En él vive algo de aquel espíritu divino que le guarda y guía.

Tan hondo es el respeto ante la naturaleza que exige el autor del hombre. De mil maneras se esparce este tono en la obra tardía de Goethe. Nunca pierde en pureza. Una vez más gana fuerza y energía, cuando en su *Wilhelm Meisters Wanderjahre* empieza la instrucción en las tres clases de veneración.

En los "años de peregrinación" coloca Goethe la enseñanza del respeto sobre la del trabajo y la eleva hasta la esfera de la religiosidad. El ve en ella "el reconocimiento de un algo necesariamente valedero, al cual cada uno se entre-

ga con todo su ser". El sale del respeto, en el cual está expresado este subjetivo reconocimiento de lo absoluto. Donde el individuo sólo se reconoce y la ilimitada ambición de su voluntad, se impondrán la presunción y el egoísmo. Así formula Goethe su reconocimiento. De mala gana se decide el hombre al respeto, o mejor dicho no se decide nunca; es un sentido más elevado el que debe ser entregado a su naturaleza, el cual se desarrolla por sí mismo en individuos particularmente favorecidos, los cuales siempre han sido considerados como santos o como dioses.

El desarrollo de este elevado sentido en el hombre debe ser cuidado desde la niñez. Aquí empieza la educación y en este punto tiene que considerarse su deber más alto. Los más jóvenes entienden sólo la inclinación ante un ser superior que está sobre ellos, ante un Dios en el cielo. Así aprenden a reconocer una ley fundamental que se manifiesta en todos los fenómenos de la naturaleza y que les libraría del miedo ante la fuerza de un poder superior, tan pronto como se haya desarrollado el innato sentimiento de veneración. Pero ya en la juventud tiene que haber una segunda veneración hacia todo lo que se parece al hombre; él exige la libre subordinación en la cual el individuo penetra la relación con sus semejantes y así con toda la humanidad, la relación hacia todo lo necesario y casual terrenal que lo rodea.

El grado más alto en el respeto lo alcanzan los jóvenes en lo que está por debajo de ellos. Goethe lo llama respeto cristiano. Exige del hombre no sólo dejar la tierra y aspirar a un origen más alto, sino reconocer la bajeza y la pobreza, la burla y el desprecio, la miseria, la desgracia y la muerte como cosas divinas.

Esta enseñanza de las tres clases de respeto, fáciles de aprender, está incluida por Goethe en un plan educativo en el cual ve como meta suprema que el hombre ascienda por esos tres grados de respeto por los cuales él pasa en la vida como creyente, como sabio activo y como cristiano: veneración ante sí mismo. Goethe dejó a su siglo el testamento de su creencia. Al mismo tiempo lo elevó al grado de una eterna herencia al unir estos tres grados de respeto en la más alta forma de religión de la humanidad, dándole la interpretación de que un reconocimiento semejante del respeto lo expresa la mayoría de los hombres en el "Credo". Porque este artículo del Credo pertenece a todos los pueblos, contiene la libertad del temor ante los dioses por medio de la adoración.

Todas las religiones populares precristianas tienen en común la veneración reconocida ante lo que está sobre nosotros.

Del respeto ante lo que está más abajo de nosotros, trata el segundo artículo de fe que culmina con la victoria sobre el dolor y la muerte por parte de Cristo. El pertenece a los que luchan y están enardecidos en el dolor.

De ambos respetos nace la religión del tercer artículo de fe: la religión filosófica. Ella ve en la obra general del espíritu la manifestación divina en el hombre. Su fin es rebajar lo elevado y elevar lo bajo y asimilarlo al grado de la existencia humana. Humanidad es su meta más elevada. Queda como eterno ideal, tal como se ve en la unión de los tres respetos, en el respeto ante sí mismo, ideal no alcanzado pero siempre deseable. Sin embargo permanece el hecho decisivo en esta doctrina de los tres respetos, que Goethe no vio nunca este ideal fuera de sus ideas sobre su creencia cristiana, sino que precisamente en este pasaje de los *Wanderjahre* renombra sobre todo la teología de la cruz de Cristo. El desarrollo del sentimiento cristiano, ayuda a soportar los males y al vencimiento de las exigencias de la vida. Que cada hombre se conforme con lo irremediable: sobre esto insisten todas las religiones, cada una trata de cumplir con este deber. La cristiana ayuda benévolamente por la creencia, el amor y esperanza; de esto nace la paciencia.

Pero tras la exigencia del día, queda el sereno cumplimiento del deber. En la carta de amonestación de *Wilhelm Meister*, que deja a todos los dudosos, están escritas las palabras: "Seguid cumpliendo inmediatamente con los deberes diarios, y examinad juntamente la pureza de vuestro corazón, y la seguridad de vuestro ingenio". Y termina con la promesa: "Si respiráis aliviados en una hora libre, y si encontráis la posibilidad para levantaros, entonces, alcanzaréis seguro, una buena posición contra lo superior, lo cual nos entregamos, en toda manera, respetuosamente, para contemplar los sucesos con respeto, y reconocer en ellos, una más elevada dirección".

Así contienen los años de peregrinación de *Wilhelm Meister*, los últimos conocimientos sobre los más altos valores espirituales.

Como suma de desgracias y alegrías de su existencia, han sido dados en una lengua sencilla, casi bíblica, ligeramente envueltos en comparaciones e imágenes. Han sido escritos para la humanidad... porque según las palabras de Goethe, lo abarca todo; aún cuando le pertenece el mundo, se dirige su último, lo mejor, al cielo; él solo, aguanta al egoísmo, el contrapeso, él sanaría al mundo todos los males, por los cuales está actualmente enfermo, y quizá incurablemente, si por un milagro, apareciese momentáneamente en los hombres.

Esta contradicción es resuelta por Goethe en la segunda parte de *Fausto*, donde introduce la divina misericordia de la cual espera la redención humana.

## LOS COMIENZOS DE LA POESÍA EN LA AMÉRICA HISPÁNICA \*

ALFREDO A. ROGGIANO  
University of Pittsburgh  
Pittsburgh 13, Pennsylvania

NOS PROPONEMOS AQUÍ DAR UNA INFORMACIÓN, escueta y documentada, de los comienzos de la poesía española en el Nuevo Mundo, siguiendo los pasos que jalonan el descubrimiento, la conquista y la colonización en los tres primeros centros de población y cultura establecidos por España en América: La Española, Puerto Rico y Cuba. El orden cronológico que hemos resuelto seguir —ya se habrá advertido—, no es el estricto de los descubrimientos (La Española y Cuba fueron descubiertas en el primer viaje de Colón, en 1492; Puerto Rico, en el segundo, en 1493), sino el de la colonización, la cual comenzó en Cuba después de haberse iniciado en las otras dos islas antillanas.

Asimismo, la similitud de los hechos acaecidos en las tres hermanas mayores de las Antillas nos permite hacer ciertas consideraciones previas, de carácter general y de validez común. Veamos.

Tres siglos comprende la dominación española en América, el XVI, el XVII y el XVIII: confuso e indeterminado, en más de un aspecto, el primero; el más complejo, definido y estable el segundo; claramente individualizado, con personalidad propia y neto perfil diferenciable el tercero. Durante este lapso, llamado época colonial por algunos y período hispánico por otros, España trasladó e impulsó a sus dominios de ultramar, como es sabido, su lengua, religión, instituciones, formas de vida y de su cultura. Magna empresa de posesión física, misión evangelizadora y sustitución de todo lo indígena que, con justicia o no, se la ha llamado "conquista espiritual". Todos los recursos y fuerzas de la acción, el pensamiento y la fe fueron puestos al servicio de tales designios. Se comprende que las artes y las letras —en especial la li-

\* Capítulo de una *Historia de la Poesía en la América Hispánica* próxima a aparecer.